

la cual estaba edificado. La sangre corría con tal profusión, que parecía disputarse con el fuego cuál de los dos se extendería más. La multitud de muertos era superior número á los que les sacrificaban su cólera y venganza; todo el pavimento estaba cubierto de cadáveres; y los soldados andaban sobre ellos para perseguir, por este horrendo camino, á los que se escapaban. Por fin los facciosos, haciendo el último esfuerzo, rechazaron los romanos, se apoderaron del templo exterior, y de allí se retiraron dentro de la ciudad.

» Precipitándose entonces los soldados romanos sobre aquéllos, mataban sin distinción á cuantos encontraban, poniendo fuego de paso á las casas. Los que penetraban en ellas estimulados por el saqueo, las hallaban atestadas de cadáveres de familias enteras, muertas al rigor del hambre; y el horror á vista de semejante espectáculo les obliga á salir sin llevar á cabo sus intentos. Los que se sentían conmovidos á la vista de tantos cadáveres, eran muy inhumanos con respecto á los vivos, por cuanto mataban á cuantos encontraban. El número de cadáveres amontonados unos sobre otros era tan numeroso, que tapaban las avenidas de las calles, y la sangre que corría por la ciudad, en muchas partes apagaban el fuego; el degüello cesó á la tarde, pero el incendio aumentó durante la noche.

» Fatigados por fin los romanos de matar, y sobreviviendo todavía una multitud del pueblo, Tito ordenó que se le diese cuartel, á excepción de aquellos que opusieran resistencia; pero los soldados á su pesar mataron á los ancianos y á los más débiles, guardando únicamente á los que tenían vigor y se hallaban en capacidad de servir, á los cuales encerraron en el templo destinado para las mujeres. Tito comisionó al efecto á uno de los libertos, llamado Frotón, en quien tenía una gran confianza, con facultad de disponer de cada uno de ellos, según lo creyese por más conveniente. Frotón hizo matar los ladrones y sediciosos que mutuamente se acusaban, reservando para el triunfo á los más jóvenes, más robustos y más bien formados; envió encadenados á Egipto á los que tenían sobre diez y siete años, para hacerles trabajar en las obras públicas, y Tito distribuyó un gran número entre las provincias para trabajar en los espectáculos de los gladiadores, y luchar contra las fieras; los que tenían menos de diez y siete años fueron vendidos.

» Mientras se verificaba este arreglo murieron once mil; unos porque los que los custodiaban, por odio no les daban de comer, otros porque no querían tomar alimento, porque aborrecían sus vidas, y también porque con dificultad se encontraba trigo para alimentar tantas personas.

» El número de los prisioneros durante la guerra asciende á 97,000;

el sitio de Jerusalén costó la vida á 1.100,000, cuya mayor parte, aunque pertenecientes á la nación judaica, no habían nacido en la Judea, sino que habían venido de todas las provincias para solemnizar la fiesta de la Pascua, y se hallaron envueltos en los horrores de la guerra. Faltando lugar para alojarles á todos, la peste se metió entre la multitud, y á esta calamidad siguió luego la del hambre. Si se tiene dificultad en creer que siendo tan grande esta ciudad, fuese de tal modo numeroso el concurso, que faltase lugar para alojar esta multitud de judíos forasteros, podrá citarse en confirmación el empadronamiento hecho por Cestio. Este gobernador, para manifestar á Nerón, que tanto despreciaba á los judíos, cuánta era la fuerza de Jerusalén, pidió á los sacrificadores que discurriesen un medio de enumerar el pueblo; para esto escogieron el tiempo de la Pascua, en el cual, de nueve á once, no cesaban de inmolar víctimas; en seguida las familias comían la carne, y siendo así que no podían ser menos de diez personas, eran á veces veinte; de este examen resultó haber 255,600 cabezas inmoladas, que repartidas solamente á diez personas cada una, daban el total de 2.556,000 individuos, todos purificados y santificados, porque no eran admitidos á ofrecer sacrificios ni los leprosos..., ni los extranjeros, que no siendo de raza judaica, sin embargo venían por devoción á esta solemnidad.

» Así, pues, esta prodigiosa multitud que de puntos tan diversos había acudido á Jerusalén antes del sitio, se encontró al principio de éste encerrada en ella como en una cárcel.

» Parece resultar de todo lo que he dicho que ningún acontecimiento ni castigo de Dios ha causado jamás la ruina de una multitud tan grande como la que pereció por la peste, el hambre, el hierro y el fuego en este terrible sitio, cuando sólo quedaron con vida los que debían cargar con la cadena de esclavos.

» Los soldados romanos escudriñaron hasta los albañales y sepulcros, donde mataron á cuantos estaban vivos, descubriendo más de dos mil que se habían recíprocamente muerto, ó suicidado, ó que habían sido devorados por el hambre. El hedor que despedían aquellos lugares hediondos era fétido en tanto grado, que muchos por no poderlo soportar se salían al momento; otros hubo que noticiosos de haber allí escondidas muchas riquezas, no temían andar sobre los cadáveres para buscar con que satisfacer su insaciable avaricia. Se sacaron de allí varias personas que Simón y Juan habían mandado echar después de encadenadas; su crueldad iba siempre en progreso, hasta el extremo á que se veían reducidos; pero Dios les castigó como habían merecido. Juan, que con sus hermanos se había ocultado en estos albañales, se halló acosado de

un hambre tal, que no pudiendo sufrir más, imploró la misericordia de los romanos que tantas veces había insolentemente escarnecido; y Simón, después de haber combatido cuanto pudo contra su mala fortuna, se les rindió. Este fué reservado para el triunfo, y Juan condenado á cárcel perpetua».

Lo repito y jamás sabré encarecerlo bastante; un judío, un judío pronunciado por su nación; un judío que por su rango, sus talentos militares, su reputación, su elocuencia, por la benevolencia y consideración que le tuvieron Tito y los generales romanos, era el más capaz de alejar tan grandes males, ó de contener su curso; he aquí el judío que ha escrito lo que se acaba de leer. Jerusalén deicida sufre un castigo más terrible y prolongado del que haya padecido ciudad alguna del Universo. En vano la impiedad, en su rabia contra el Crucificado, irá á revolver las páginas más sangrientas de la historia, pues nada hallará que pueda formar paralelo con el terrible cuadro que se ha desarrollado á nuestra vista. Una sola cosa me admira, y es, que esta espantosa justicia, cuyos golpes ha hecho sentir la mano de Dios sobre la criminal Jerusalén, no espante en nuestros días ni á los pueblos ni á las ciudades, que á su ejemplo se han atrevido y se atreven aún á gritar hasta en las plazas públicas: «No queremos que este Dios reine sobre nosotros, ni él ni los que pretenden reinar por su gracia: no tenemos otro rey que al que nos hemos hecho, otro rey que el César».

En efecto: estos judíos ingratos tuvieron este César, que por más generoso y clemente que les parecía, no dejó de tolerar impunemente á sus soldados que abrieran en canal el vientre de los sitiados para buscar el oro. También ordenó la destrucción de la ciudad hasta sus cimientos, la demolición del templo y el cautiverio de noventa y siete mil hombres, después de haber consentido el degüello de los más débiles y de los viejos.

Así fueron robados, saqueados y acuchillados aquellos que á la presencia de Pilatos habían antepuesto un ladrón y asesino á Jesús: y el robo, el saqueo y la matanza no cesaron hasta tanto que el ejército romano, que jamás se hubiera cansado de matar y saquear, no encontró en qué emplear su furor. Es el mismo judío Josefo quien lo dice.

Aun más, fueron también azotados por los romanos y expuestos á toda especie de vilipendios y tormentos, aquellos que habían obtenido de los mismos romanos que les fuera entregado Jesús después de azotado y sufrido los tormentos y ultrajes más ignominiosos. *Verberati, et ante mortem omnibus modis excruciatu*. Así lo refiere el mencionado Josefo.

Por fin, así fueron á su vez crucificados los que habían gritado: *Crucificalu, crucificalu*; y lo fueron hasta quinientos por día, y en un número tan exorbitante, que apenas se bastaba á hacer cruces y encontrar sitio para fijarlas. *Propter multitudinem, jam spatium crucibus deerat, et corporibus cruces*. Son astas terminantes palabras del judío, de Josefo.

Si los hijos de aquellos de cuya boca había salido la horrible blasfemia no hubieran perecido, pudieran por sí mismos ver á sus criminales padres suspendidos en el infame patíbulo, toda vez que habían pedido que la sangre de la víctima que inmolaron á su rabia, cayese sobre ellos y sus hijos; pues que apenas se habían pasado treinta y ocho años de tan horroroso atentado.

En un momento creí deber abstenerme de transcribir estos largos detalles, remitiendo á mis lectores al mismo historiador de donde se han extraído; pero consideré después que colocados por su orden en medio de los acontecimientos que les precedieron y subsiguieron, leídos seguidamente deberían producir una impresión muy diferente en el alma del que medita, en los hechos, y en el conjunto, sobre las miras y conducta de la Providencia... Continuemos, pues.

## II

Después de la ruina de Jerusalén, los judíos que escaparon á las diferentes plagas con que fué castigada la ciudad, quedaron sometidos á la dominación romana hasta el advenimiento de Adriano al imperio. Habiendo determinado este príncipe levantar de nuevo los muros de Jerusalén, y autorizar en ella los diferentes cultos de las naciones, los judíos se manifestaron de contado los más solícitos en contribuir al éxito de esta empresa; pero seducidos muy pronto por el falso Mesías, llamado Barcochebas, se sublevaron, cometieron crueldades nunca oídas, atrayendo sobre sí la venganza más terrible de cuantas se mencionan en la historia, después de la tomada por Tito. Adriano acabó de destruir lo que Tito había dejado en pie de la antigua Jerusalén, y construyó sobre las ruinas de la ciudad de David otra ciudad á la que dió el nombre de *Ælia Capitolina*; prohibió la entrada en ella á los judíos bajo pena capital é hizo esculpir un cerdo sobre la puerta que conducía á Belén; sobre el monte Calvario hizo colocar la estatua de Venus, y sobre el lugar de la resurrección, la de Júpiter. San Gregorio Nazianceno asegura que los judíos tenían el permiso de entrar en *Ælia* una vez al